

LAS CINCO CARTAS DE AMOR DE LA MONJA DE PORTUGAL

POR ISABEL LLERAS DE OSPINA.

En un pueblo del sur de Portugal, cercano a la frontera de España, nació hace más de tres siglos una de las obras más extraordinarias de la literatura portuguesa. Se trata de cinco maravillosas cartas de amor escritas por una mujer joven que vestía el hábito de las monjas concepcionistas y que poseía uno de los temperamentos más apasionados de la historia amorosa.

¿Quién era esta mujer y a quién fueron dirigidas las famosas cartas?

Si consideramos a la monja portuguesa sin pensar en las cartas, encontramos solamente una vida opaca, igual a la de la mayor parte de las religiosas de su época; los datos sobre ella son tan escasos que casi se reducen a la partida de bautismo y el acta de defunción, documentos que reproduce Claude Aveline en su libro sobre las cartas y sus historias, del cual he tomado la mayoría de los datos para este pequeño estudio.



Dibuto de REYES HENS

Dice así la partida de bautismo encontrada en la Iglesia de Santa María de Feira: "El 22 del mes de abril de 1640 bauticé y administré el santo crisma a Mariana, hija de Francisco da Costa Alcoforado y de Leonor Méndez; fue padrino Don Francisco de Gama, conde de Vidigueira (Firmado: El Párroco Manuel Luis)".

En el registro del Convento se encuentra el acta de defunción que dice así "El 28 del mes de julio de 1723 murió en este Convento real de Nuestra Señora de la Concepción la Madre Doña Mariana Alcoforado, a la edad de 87 años, todos gastados en el servicio de Dios; fue asidua en el coro y en los actos de Comunidad, y en todas las cosas cumplió con su deber; era muy ejemplar, nadie tuvo que quejarse de ella porque era muy buena con todos; durante treinta años hizo muchas penitencias, sufrió graves enfermedades con toda resignación, deseando que duraran todavía más; y sabiendo que llegaba su última hora, pidió los sacramentos, que recibió con perfecto conocimiento, dando muchas gracias a Dios por habérselos concedido, y así terminó, con los signos de la predestinación, hablando hasta su última hora; en fe de lo cual, yo, Doña Antonia Sofía Baptista de Almeida, secretaria del Convento, he hecho esta acta que he firmado en este mismo día, mes y año ut supra".

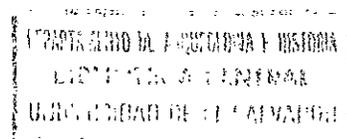
Como vemos, la edad de Sor Mariana que aparece en esta acta no es la verdadera. Tenía al morir 83 años no 87. Aveline supone que el error no fue involuntario, sino que como había una ley canónica que no permitía la entrada al Convento antes de determinada edad, el padre de Mariana que encerró a tres de sus cuatro hijas en el Claustro con el absurdo objeto de no disminuir el mayorazgo, debió de declarar en el momento de la entrada que tenía cuatro años más, para que pudiera ser admitida. En todo caso Mariana hizo sus votos a los 16 años y era monja profesa a los 20. No se le puede culpar, pues, a ella ni a tantas otras que entraban en circunstancias parecidas o peores en esas épocas, que quebrantaban los votos y mantenían relaciones amorosas dentro de los claustros. No es lógico pretender que una niña a quien se encierra en un convento contra su voluntad y sin vocación religiosa, cumpla deberes que no se impuso ella misma y sacrifique sentimientos que la obligaron a abandonar sin conocerlos. Una de las causas, y creo yo la principal, de la relajación de los conventos en aquellos tiempos, fue sin duda esa que hizo de Mariana Alcoforado una religiosa del Monasterio de la Concepción, cuando comprendemos que su naturaleza era absolutamente contraria al sentimiento místico. Este sentimiento místico no surgió en la monja portuguesa ni aun después del abandono de sus amantes, a pesar de lo que dice el libro del Convento sobre su vida. El amor que despertó en ella el oficial francés, no se encauzó,

como hubiera podido suceder, hacia el esposo espiritual. Si así fuese, hubiera escrito páginas que la hubiesen colocado entre las grandes místicas. Tenemos que situarla únicamente entre las grandes amorosas y contemplarla sólo a través de las cartas que dirigió desde el Convento de Beja al Marqués de Chamilly. Pero ¿quién era este Chamilly capaz de despertar un amor tan extraordinario? Claude Aveline en su *Apología de un hombre mediocre*, lo pinta como un militar valiente, leal a su patria, a su rey y a sus superiores; militar que expuso su vida más por disciplina que por heroísmo, poseedor de cierta nobleza de carácter que se revela en algunos actos de su vida, sin ninguna espiritualidad, de buena presencia, eso sí, a pesar del poco atractivo retrato que Saint-Simon hace de él muchos años después de la aventura de Portugal.

No es raro que este hombre, cuya característica fue la lealtad, engañara tan fácilmente a una mujer que tanto lo quería. En asunto de amor, los hombres por lo general se jactan de todas las deslealtades. Tampoco es raro que desdénara un amor como el de Mariana. Chamilly no se dio cuenta de lo que perdía, cosa que también sucede frecuentemente aun a hombres mucho más inteligentes que éste. Es probable que tampoco se diera cuenta del talento de la mujer con quien se casó muchos años después, mujer muy fea, muy rica, y muy espiritual, apreciadísima por los hombres notables de la época, y que tuvo por él una devoción extraordinaria hasta el final de su vida. Algún atractivo debía de tener el personaje cuando tuvo la fortuna de que dos mujeres tan sobresalientes se enamorasen de él. La primera, Mariana Alcoforado, era una monja probablemente hermosa, que cometió un gravísimo pecado de amor. La segunda Elisabeth du Bouchet de Villeflix, era una encantadora mujer de mundo cuya piedad la llevó a caer en el jansenismo. No sé por qué me imagino que las dos se enamoraron de muy distinta manera: la esposa con un amor consciente que encubría con perfecta discreción las deficiencias de este hombre bueno en el fondo, a quien adoró hasta la muerte. La amante con un amor inconsciente que revistió de cualidades magníficas al caballero de Chamilly, cualidades que eran producto de su loca imaginación, y que así como las colocó sobre la persona del militar francés, las había colocado probablemente sobre cualquier otro que se hubiera atravesado en su camino. Su corazón buscaba el amor, y el amor fue en ese preciso momento el Marqués de Chamilly. En la historia de las cartas, él es apenas el fantasma que prende la llama y desaparece luego, y ella el corazón que buscaba esa llama y que en ella se consume sin tener en cuenta la mano que la prendió. Pero antes de entrar en el estudio de las cartas es conveniente hacer un rápido esbozo del momento en que aparecieron y de las leyendas que se tejieron alrededor de ellas.

Portugal guerreaba contra España para lograr su independencia y Francia ayudaba aparentemente a Portugal a conseguir esa independencia. Luis XIV había casado a Mademoiselle d'Aumale, nieta de Enrique IV, con Alfonso de Portugal, rey que a los 24 años no sabía leer ni escribir, medio paralizado y medio loco. Este matrimonio fue declarado nulo algunos meses después de haber sido contraído, por las autoridades religiosas de Portugal, a petición de la reina, quien se retiró a un convento. Al mismo tiempo el Rey Alfonso fue hecho prisionero y tomó el poder su hermano Don Pedro, el cual, un mes después de estos acontecimientos se casó con la reina su cuñada, antes de que la Santa Sede se pronunciará sobre la anulación del otro matrimonio. El nuevo rey firmó la paz con España, y el ejército francés partió de Portugal llevándose la simpatía y el reconocimiento del pueblo. Todo lo referente a Francia y a los franceses se puso de moda en Portugal y al mismo tiempo se despertó en Francia cierta curiosidad por los asuntos portugueses. Olvidada la parte más graciosa de la aventura cortesana, el ex rey Don Alfonso desde la isla donde estaba confinado envió un mensaje de felicitación "a su pobre hermano y a la francesa". La frase no deja de tener su ironía, si en realidad fue del rey, éste debió de tener un momento de lucidez cuando la dictó.

Con la vuelta de los oficiales franceses llegaron a Francia las cartas de Mariana. A punto fijo no se sabe quien fue la persona que tradujo estas cartas y las dio para su publicación. Lo más probable es que fuera el Conde de Guilleragues, hombre espiritual, amigo íntimo de Madame Scarrón, que se movía en un círculo intelectual de mucha importancia. No hay que olvidar que esto sucedía en pleno siglo de oro francés, y que al círculo de que hablo pertenecían Racine y Boileau. Hay muchísimas hipótesis sobre la traducción de las cartas, la más probable es la que acepta Aveline. Según él, Chamilly pudo ser introducido por Turenna en las reuniones de Madame de Maintenon, a las que, como ya sabemos, Guilleragues era muy asiduo. No se sabe si es por vanidad, no parece que Chamilly fuera un hombre vanidoso, pero a ningún hombre le disgustó dejar de ver que ha inspirado un gran amor; también pudo ser con el objeto de aclarar algunas palabras (el portugués de Chamilly debía ser muy rudimentario), en todo caso le mostró las cartas a Guilleragues, quien debió darse cuenta en seguida de lo que tenía entre sus manos. Se llevó los originales seguramente con el pretexto de leerlos despacio, y hecha la traducción los devolvió a su dueño. Las cartas así traducidas aparecieron publicadas en los primeros meses del año de 1669, editadas en París con el nombre de *Cartas portuguesas*, en un establecimiento editorial de la Sainte Chapelle. El editor, Claude Barbin, en el aviso de propaganda, dice que con mucho trabajo ha conseguido una copia correcta de la traducción de *Cinco cartas portuguesas*,



escritas a un gentilhombre de calidad que servía en Portugal, y termina declarando que no conoce el nombre de la autora ni el del traductor, pero que cree no dales un disgusto haciéndolas públicas, porque no sería difícil que se difundieran algún día desfiguradas. Se ve, pues, que las cartas circulaban ya antes de su publicación y el éxito que ésta tuvo fue extraordinario. El mismo misterio que las rodeaba contribuyó seguramente a ello. Además, el momento y el lugar en que aparecieron las cartas eran singularmente propicios.

No es mi propósito agotar, como lo hace Claude Aveline, la historia de las cartas, la influencia que tuvieron en las obras de Racine, (a Mariana se la ha comparado con las heroínas racinianas), de Molière, de Madame de La Fayette, de Rousseau, quien naturalmente, no creyó que fueran escritas por una mujer (afirmaba que ninguna mujer era capaz de sentir ni de describir el amor); pero sí es necesario hacer notar lo conveniente que fue para esas cartas el haber visto la luz en París y en ese preciso momento. El hecho mismo de que se dudara de la existencia de la monja portuguesa y de que se atribuyera la paternidad de las cartas a grandes escritores franceses, es una prueba de la importancia que les concedió el mundo literario francés. Claro que era un error, mejor dicho una estupidez, atribuir a un hombre las cartas de Mariana; ellas son absolutamente femeninas en su espíritu y en su forma. Si no existiera la auténtica prueba que exhibe Aveline y que corre en un ejemplar de la primera edición-prueba publicada por Boissonade en el *Journal de l'Empire* de 1810 y que dice: los biógrafos no han descubierto todavía el nombre de la religiosa. Yo se lo puedo enseñar. Sobre un ejemplar de la edición de 1669 hay esta nota, escrita en letra que me es desconocida: "La religiosa que ha escrito estas cartas se llamaba Mariana Alcoforado, religiosa de Beja, entre Extremadura y la Andalucía". Pero si no existiera, como digo, esta prueba, bastaría leerlas para reconstruir la psicología femenina de quien las escribió. Tampoco faltó quien quisiera aprovechar el excelente éxito que tuvieron, y el mismo Barbier hizo una nueva edición añadiendo a las cinco cartas verdaderas otras seis apócrifas, escritas, según parece, por una dama francesa, pero a nadie engañaron, porque hay un abismo entre las unas y las otras. Se publicaron también las respuestas en las que la superchería salta a la vista. A todo esto fue ajeno el Marqués de Chamilly, quien después de la indiscreción que afortunadamente cometió, destruyó los originales en un tardío acto de caballerosidad.

Las *Cartas portuguesas* no recibieron sólo elogios, también la crítica quiso restarles importancia, pero las ediciones se sucedieron unas a otras en distintos idiomas, y como nadie es profeta en su tierra, fue

Portugal el último en conocerlas y apreciarlas. En 1824 se publicó en París la primera traducción al portugués de las *Cartas portuguesas*, hecha por don José María de Souza Botelho, y sin embargo todavía no figuran en las historias de la literatura portuguesa.

Como anota Aveline después de analizar las dudas, los elogios, las críticas, las incomprensiones del momento en que aparecieron las cartas, el desdén con que luego las pasaron por alto, los astros del romanticismo literario, para quienes lógicamente hubieran debido ser una especie de Evangelio, y las diatribas de algunos seguidores de Rousseau y de Hugo, basta a Mariana Alcoforado con la admiración entusiasta de los dos hombres expertos en el arte de escribir y en el de amar: Stendhal y Rilke.

El primero clasifica el amor de Mariana como el tipo del amor pasión, y dice: "Hay que amar como la religiosa portuguesa, con esa alma de fuego de la cual nos ha dejado una muestra tan viva en sus cartas inmortales". ¿Y el segundo? En la famosa carta en que Rilke cuenta a su esposa su charla con Rodin, en la que el escultor y el poeta definen sus maneras de pensar sobre la mujer y el amor —la del escultor tan material, la del poeta tan ideal— presenta Rilke como prueba de la superioridad femenina en materia de amor la figura de Mariana Alcoforado. Entre todas las grandes amorosas admiradas, estudiadas y aun traducida por Rilke: Eloísa, Elisabeth Barrett Browning, Louise Labé, Gaspara Stampa, etc., Mariana llega a ser la preferida. La verdad amorosa, desnuda de galas literarias, triunfa sobre esa misma verdad encerrada en las extraordinarias cartas de Eloísa, en los *Sonetos del portugués* de la Barrett, o en los de la célebre lionesa, y aun sobre los tercetos en que describe con tanta sinceridad y con tanto fuego las contradicciones del sentimiento amoroso, la gran poetisa de Padua.

Rilke cree en Mariana, y como cree en ella traduce a su lengua las *Cartas portuguesas*, dándoles de esta manera una vida nueva y eterna. ¡Qué bien suena el nombre de Rilke unido al de la religiosa portuguesa! El hombre que afirmaba "siempre la amante sobrepasa al amado, porque la vida es más grande que el destino", se detuvo especialmente en una frase de Mariana que calificó de sublime: "Mi amor no depende ya de lo que tú me hagas". Bien lo dice Rilke: Mariana había sobrepasado el objeto de su amor. En la primera de las cartas escribe: "no encontrarías nunca tanto amor, y lo demás no es nada". Sin embargo cuando escribió esta carta ya la venda que había sobre sus ojos estaba descorrida, pero el amor, intacto en su intensidad y en su fuego, no tenía en cuenta la mediocidad del amante y se empeñaba en continuar viviendo. "Sí, yo tendría discípulo, si no dedicara a ti todos los mo-

mentos de mi vida; ¿qué haría yo ¡ay! sin tanto odio y tanto amor como llenan mi corazón?” A medida que se avanza en la lectura de las cartas y se penetra más hondamente en el corazón de Mariana, se continúa la verdad de la interpretación de Rilke: “Yo no me puedo reprochar haber deseado un solo momento no amarte más; tú eres más digno de compasión que yo; más vale sufrir todo lo que yo sufro que gozar los lánguidos placeres que te dan tus amantes de Francia”. Aquí aparecen en toda su plenitud la humildad y el orgullo de un gran amor, de un gran amor que necesitaba un corazón preparado para recibirlo, y que, como sucede frecuentemente, se encontró con un corazón ligero que no se dio siquiera cuenta de lo que le ofrecía. Pero no hay que ser ingratos con el señor de Chamilly. Su ligereza y su incomprensión inspiraron cinco preciosos documentos escritos por la mano de una mujer que se olvidó de todo por el amor, que no vaciló en confesar sus sentimientos con absoluta sinceridad, y que al describir el amor que sentía, ese amor pasión que fue el suyo, empleó no las palabras de un amante vulgar, sino el limpio lenguaje de una mujer enamorada, que por lo mismo que colocaba el amor por sobre todo, hablaba de él con la emoción y el respeto que se debe a lo grande, a lo íntimo y a lo verdadero.

Seguramente deben de existir muchas traducciones españolas de las *Cartas portuguesas*, pero yo no he encontrado ninguna. Y como he querido hacerlas llegar a mis lectores, me he atrevido a traducirlas respetando el texto original con sus repeticiones, con su aparente desorden, con todo lo que les da el encanto de lo espontáneo y de lo sincero. En lo único que me he tomado cierta libertad es en la puntuación, aunque éste no es mi fuerte, pero la de Mariana era bastante peor que la mía. Además, en aquella época se usaba una puntuación muy diferente, que en ciertos casos hace casi incomprendible, el sentido de la frase. Voy, pues, a dar enseguida mi traducción de las cartas, no sé si he conseguido transportar a mis palabras la emoción que experimentaba en su celda de Beja la religiosa portuguesa y que, aun a través de la primera traducción, descubrieron la sutil perspicacia de Stendhal y la honda sensibilidad de Rilke.

* * *

La personalidad de la monja portuguesa está encerrada, como dije al principio, en estas cinco cartas. Ellas dan margen para una serie infinita de reflexiones sobre los distintos temas en que se divide el tema fundamental que las originó. Cada frase es un tratado de psicología, y sorprende que una mujer joven, y por añadidura religiosa, intuyera tan

perfectamente y a través de una sola experiencia la naturaleza masculina en materia afectiva. En medio de la ceguera amorosa de una violenta pasión, Mariana demuestra una clarividencia absoluta y las dos cosas van extrañamente unidas de una manera muy femenina. Esto prueba todavía más que lo que Mariana defendía y perseguía era sólo su amor: el amor considerado de una manera abstracta, y que el personaje que lo recibía era una figura secundaria de esta tragedia amorosa. Ella dice en su carta final, cuando en la lucha que sostenía su corazón y su mente comenzaba a pesar un poco más la última, que se enamoró de cualidades demasiado mediocres. No; se enamoró del amor, sin tener en cuenta la mediocridad de quien se lo inspiraba. Pero precisamente en esa ceguera radica la eterna fuerza del amor, por eso existen tantas pasiones que nadie se explica. La mediocridad es la más frecuente de las características humanas; sólo unos pocos ejemplares de elección escapan de ella. Lo que sucede es que hay muy diferentes mediocridades: la de la inteligencia, la del carácter, la del corazón. El amante de Mariana reunía por desgracia las tres clases de mediocridad, era por lo tanto un mediocre integral. La pasión de la portuguesa, poblada de contradicciones, recorre un itinerario lógico: arranca desde el amor perfecto, conoce el despecho, la desesperación, el odio (ella asegura que no lo sentirá, pero es indudable que lo sintió y está presente en muchas de sus palabras), luego el desprecio, y por último la indiferencia, una indiferencia que apenas adivinamos, que no aparece en su última carta sino como un deseo, como un anuncio de que llegará más tarde y de que aparecerá en una carta que nunca escribió. Si la hubiera escrito habría dado la prueba de que no había conseguido encontrarla; la ausencia de esta carta es el testimonio más perfecto de esa indiferencia. Llegó el momento, no sabemos cuando, en que el señor de Chamilly le era tan indiferente, que ya no le importaba siquiera que se enterase de esa indiferencia. El análisis escueto de la conducta de Chamilly cuando ya la pasión apagada permitió ver las cosas como eran, puso al descubierto la mediocridad de su corazón, y Mariana, que no era una mujer intelectual sino una gran amorosa, sintió en toda su intensidad la falla de lo que representaba para ella lo principal en la vida. No se convirtió en una mística porque no era esa su vocación, seguramente, sino norma de conducta; como dice el acta de defunción, una obediencia a las reglas del convento; y para guardar intacto un sentimiento tan extraordinario, lo separó del hombre que lo había despertado y lo colocó con todas sus alegrías y sufrimientos en el lugar más silencioso de su espíritu, en donde no pudieran destruirlo ni el arrepentimiento, ni la venganza, ni el deseo de una nueva pasión; en ese lugar en donde colocamos aquello que no queremos empañar ni siquiera con la sombra de su propio recuerdo.

PRIMERA CARTA

Considera, amor mío, hasta qué exceso te ha faltado la previsión. ¡Ah desgraciado! Has sido traicionado y me has traicionado con esperanzas engañosas. Una pasión sobre la cual habías hecho tantos proyectos de placeres, no te causa ahora más que una mortal desesperación, que no puede ser comparada sino a la crueldad de la ausencia que la origina. ¿Cómo? ¿Esta ausencia a la cual mi dolor, por ingenuo que sea, no puede dar un nombre lo suficiente funesto, me privará para siempre de mirar esos ojos en los cuales veía tanto amor y que me hacían conocer sentimientos que me colmaban de gozo, que me reemplazaban todas las cosas, y que en fin me bastaban? ¡Ay! los míos están privados de la única luz que los animaba, no les quedan sino lágrimas y no los he empleado en ninguna otra cosa que en llorar sin tregua, después de que supe que te habías al fin resuelto a una separación que me es tan insupportable que me hará morir en poco tiempo. Sin embargo, me parece que estoy encariñada con las desgracias de las cuales tú eres la única causa. Yo te destiné mi vida inmediatamente que te vi y siento placer en sacrificártela. Envío mil veces al día mis suspiros hacia ti, ellos te buscan en todos los lugares, y no me traen como recompensa de tantas inquietudes sino una advertencia demasiado sincera que me da mi mala fortuna, la cual tiene la crueldad de no soportar que me ilusione, y que me dice en todos los momentos: cesa, cesa, Mariana infortunada, de consumirte vanamente y de buscar un amante que no verás jamás; que ha atravesado los mares para huirte, que está en Francia en medio de los placeres, que no piensa un solo momento en tus dolores, y que te dispensa de todos estos arrebatos los cuales no agradece en lo más mínimo. Pero no, yo no me puedo resolver a juzgarte tan injuriosamente y estoy demasiado interesada en justificarte. No quiero por ningún motivo imaginarme que me has olvidado. ¿No soy ya bastante desgraciada sin atormentarme por falsas sospechas? ¿Y para qué haría yo esfuerzos para no acordarme de todos los cuidados que has tenido para demostrarme tu amor? Estos cuidados me han hecho tan feliz que sería muy ingrata si no te amara con los mismos arrebatos que mi pasión me daba cuando gozaba de las muestras de la tuya. ¿Cómo puede ser que los recuerdos de momentos tan agradables se hayan vuelto tan crueles? ¿Y es necesario que contra su naturaleza ellos no sirvan sino para tiranizar mi corazón? ¡Ay! tu última carta lo redujo a un extraño estado: sintió de tal manera, que hizo, me parece, esfuerzos para separarse de mí y para ir a encontrarte. Yo estaba tan abrumada por todas estas emociones violentas, que quedé más de tres horas sintido, y me defendía de volver a una vida que debía perder por ti, puesto que no puedo conservarla para ti; volvía a ver al fin, a pesar

de mí, la luz; me enorgullecía de sentir que moría de amor, y además me sentía muy a gusto de no volver a estar expuesta a ver mi corazón desgarrado por el dolor de tu ausencia. Después de estos accidentes tuve muy variadas indisposiciones, pero, ¿puedo alguna vez estar exenta de males mientras que no te vea? Los soporto sin embargo sin murmurar, puesto que vienen de ti. ¿Qué, es esta la recompensa que me das por haberte amado tan tiernamente? Pero no importa, estoy resuelta a adorarte toda mi vida y a no ver nunca a ningún otro; y te aseguro que tú también harías bien en no amar a nadie más. ¿Podrías contentarte con una pasión menos ardiente que la mía? Tal vez encontrarás más belleza, (sin embargo me habías dicho muchas veces que era hermosa), pero no encontrarías nunca tanto amor, y lo demás no es nada. No llenes más tus cartas de cosas inútiles y no me escribas más que me acuerde de ti. Yo no te puedo olvidar, y no olvido tampoco que me has permitido esperar que vendrías a pasar algún tiempo conmigo. ¿Por qué no quieres pasar toda tu vida? Si me fuera posible salir de este desgraciado claustro, no esperaría en Portugal el cumplimiento de tus promesas: iría sin ningún escrúpulo a buscarte, a seguirte y a amarte por todo el mundo. No me atrevo a ilusionarme con que esto pueda suceder, no quiero alimentar una esperanza que me daría seguramente algún placer y yo no quiero sentir sino dolor. Confieso, sin embargo, que la ocasión de escribirte que me ha proporcionado mi hermano, ha despertado en mí algunos sentimientos de felicidad que han detenido por un momento la desesperación en que estoy. Yo te conjuro a que me digas por qué te has propuesto enamorarme como lo has hecho, puesto que sabías muy bien que debías abandonarme, ¿Y por qué te has encarnizado en hacerme desgraciada? ¿Por qué no me dejaste en reposo en mi claustro? ¿Te he hecho alguna injuria? Pero te pido perdón, no te reprocho nada, no estoy en estado de pensar en vengarme, acuso solamente al rigor de mi destino. Me parece que él, separándonos, nos ha hecho todo el mal que podíamos temer, pero no sabía separar nuestros corazones. El amor, que es más poderoso que él, los ha unido para toda nuestra vida. Si tienes algún interés en la mía, escíbeme a menudo. Merezco que te preocupes de hacerme saber el estado de tu corazón y de tu fortuna; sobre todo ven a verme. Adiós, no puedo dejar este papel, él caerá entre tus manos, yo bien quisiera tener la misma dicha. ¡Ay! ¡Qué insensata soy! ¡Me doy bien cuenta de que esto no es posible! Adiós, no puedo más. Adiós, ámame siempre y hazme sufrir todavía más.

SEGUNDA CARTA

Un Teniente acaba de decirme que una tempestad te ha obligado a hacer escala en el reino de Algarve: tengo miedo de que hayas su-

frido mucho en el mar, y esta aprensión me ha ocupado de tal manera que no he vuelto a pensar en mis males. ¿Estás bien convencido de que tu teniente se preocupa más que yo de todo lo que te sucede? ¿Por qué está él mejor informado? En fin, ¿por qué no me has escrito? Soy muy desgraciada si no has encontrado ninguna ocasión para hacerlo desde tu partida, y lo soy todavía más si la has encontrado y no lo has hecho; tu injusticia y tu ingratitud son extremas, pero llegaría a la desesperación si ellas te atrajeran alguna desgracia, y prefiero que queden sin castigo a que yo sea vengada. Me resisto a todas las apariencias que debían persuadirme de que casi no me quieres, y siento más deseo de abandonar me ciegamente a mi pasión que a las razones que tú me das para queja me de tu falta de interés por mí: ¡cuántas inquietudes me habrías evitado si tu proceder hubiera sido tan lánguido los primeros días que te vi como me ha parecido desde hace algún tiempo! Pero ¿quién no se hubiera engañado como yo con tantas solicitudes, y a quién no le hubieran parecido sinceras? ¡Cuán penoso es resolverse a sospechar de la buena fe de los que amamos! Veo bien que la menor excusa te basta, y sin que tú te tomes el trabajo de hacerlo, el amor que tengo por ti te sirve tan fielmente, que no puedo consentir encontrarte culpable sino para gozar del sensible placer de justificarte yo misma. Tú me has abasado con tus asiduidades, me has inflamado con tus arrebatos, me has encantado con tus complacencias, me has tranquilizado con tus juramentos, mi violenta inclinación me ha seducido, y las consecuencias de estos comienzos tan agradables y tan felices no son más que lágrimas, suspiros, y una muerte funesta, sin que yo pueda remediarlo. Es cierto que amándote tuve placeres muy sorprendentes, pero ellos cuestan extraños dolores, y todos los sentimientos que tú me causas son extremos. Si yo hubiera resistido con porfía a tu amor, si te hubiera dado algún motivo de tristeza o de celos para inflamarte más, si hubieras notado algún recato artificioso en mi conducta, si hubiera querido, en fin, oponer mi razón a la inclinación natural que tengo por ti, de la cual me hiciste caer inmediatamente en la cuenta (aunque mis esfuerzos hubieran sido inútiles sin duda), podrías castigarme severamente y servirte de tu poder; pero tú me pareciste amable antes de que me hubieras dicho que me amabas, me demostraste una gran pasión, yo me enamoré y me abandoné a amante perdidamente; tú no estabas engeguedido como yo, ¿por qué has permitido que llegue al estado en que me encuentro? ¿Qué es lo que querías hacer con todos mis arrebatos que no podían ser para ti sino muy inoportunos? Sabías bien que no estarías siempre en Portugal. ¿Por qué me quisiste escoger para hacerme tan desgraciada? Tú hubieras encontrado sin duda en este país una mujer más bella con la cual hubieras tenido los mismos placeres, puesto que no buscabas más que los ordinarios, que te hubiera amado fiel-

mente mientras te hubiera tenido, que el tiempo hubiera podido consolar de tu ausencia, y que hubieras podido dejar sin perfidia y sin crueldad, este proceder tuyo conmigo es más bien de un tirano empeñado en perseguir que de un amante que no debe pensar sino en complacer. ¿Por qué ejerces tantos rigores sobre un corazón que es tuyo? Bien veo que te dejas persuadir tan fácilmente en contra mía como yo en tu favor; yo hubiera resistido, sin tener necesidad de todo mi amor y sin dar me cuenta de que estaba haciendo nada extraordinario, a más grandes razones, que no podían ser aquellas que te han obligado a dejarme; ellas me hubieran parecido muy débiles, y no hay ninguna que hubiera podido jamás arrancarme de tu lado; pero tú has querido aprovechar los pretextos que encontraste para volver a Francia: un barco partía, ¿por qué no lo dejabas partir? Tu familia te había escrito, ¿no sabías todas las persecuciones que he sufrido de la mía? Tu honor te comprometía a abandonar me, ¿me he cuidado yo del mío? Estabas obligado a ir a servir a tu Rey. Si todo lo que dicen de él es cierto, no tiene ninguna necesidad de tu socorro y te habría excusado.

Yo hubiera sido demasiado feliz si hubiéramos pasado juntos nuestra vida, pero puesto que era necesario que una ausencia cruel nos separase, me parece que debo estar muy contenta de no haber sido infiel, y no quería, por todas las cosas del mundo, haber cometido una acción tan baja. ¿Qué? Tú has conocido el fondo de mi corazón y de mi ternura ¿y has podido resolverte a dejarme para siempre y a exponerme a los temores que debo tener de que no te volverás a acordar de mí sino para sacrificarme a una nueva pasión? Harto veo que te quiero como una loca; sin embargo no me quejo de la violencia de las palpitaciones de mi corazón, me acostumbro a sus persecuciones, y no podría vivir sin un placer que he descubierto: el de gozar amándote en medio de mil dolores; pero estoy acosada sin cesar por un mal extremo: el odio y la repugnancia que tengo por todas las cosas. Mi familia, mis amigos y este convento me son insoportables; todo lo que estoy obligada a ver y todo lo que es necesario que haga de toda necesidad me es odioso; soy tan celosa de mi pasión que me parece que todas mis acciones y todos mis deberes te corresponden; sí, siento escrúpulo si no empleo todos los momentos de mi vida en ti. ¿Qué haría yo, ¡ay! sin tanto odio y sin tanto amor como llenan mi corazón? ¿Podría sobrevivir a esto que me ocupa incesantemente para llevar una vida tranquila y sin cuidados? Este vacío y esta insensibilidad no pueden convenir me. Todo el mundo se ha dado cuenta del cambio completo de mi humor, de mis maneras y de mi persona; mi Madre me ha hablado con aspereza y luego con cierta bondad, yo no sé lo que le he respondido, me parece que le he confesado todo. Las religiosas más severas tienen piedad del estado en que estoy, y esto las obliga a guardar alguna consideración

y algún miramiento conmigo; todo el mundo está conmovido con mi amor, y tú permaneces en una profunda indiferencia, sin escribirme más que cartas frías, llenas de repeticiones, la mitad del papel llega vacía, y se advierte sin esfuerzo que te mueres de deseos de acabarlas. Doña Brites me obligó hace unos días a salir de mi celda, y creyendo divertirme me llevó a pasearme por el balcón desde donde se ve Merto-la; yo la seguí, y fui de repente herida por un cruel recuerdo que me hizo llorar todo el resto del día. Regresamos y me arrojé sobre mi cama donde me hice mil reflexiones sobre la poca probabilidad que veo de curarme jamás: lo que hacen para aliviarme agudiza mi dolor y encuentro en los mismos remedios las razones particulares de afligirme. Yo te he visto pasar a menudo por este lugar con un aire que me encantaba, y yo estaba sobre este balcón el día fatal que comencé a sentir los primeros efectos de mi desgraciada pasión; me pareció que querías agradarme aunque no me conocías, me persuadí de que me habías notado entre todas las que estaban conmigo, me imaginé que cuando tú te detuviste, te sentiste satisfecho de que te viera mejor y admirase tu destreza y elegancia cuando espoleabas tu caballo; me sentía presa de terror cuando le hacías pasar por un lugar difícil; en fin, me interesaba secretamente en todas tus acciones, sentía que no me eras indiferente, y tomaba como mío todo lo que tú hacías. Tú conoces demasiado bien las consecuencias de estos comienzos, y aunque no tenga nada que ocultar, no te las debo escribir por temor de hacerte sentir más culpable, si es posible, de lo que eres, y de tener que reprocharme tantos esfuerzos inútiles para obligarte a serme fiel. No lo serás de ningún modo. ¿Puedo esperar de mis cartas y de mis reproches lo que mi amor y mi abandono no han podido contra tu ingratitud? Estoy demasiado segura de mi desgracia, tu injusto proceder no me deja el menor motivo de duda, y debo temerlo todo puesto que me has abandonado. ¿No tendrás encantos más que para mí y no parecerás agradable a otros ojos? Creo que no me disgustaría que los sentimientos de otras justificaran de alguna manera los míos; quisiera que todas las mujeres de Francia te encontraran amable, que ninguna te amara, y que ninguna te gustara. Esta idea es ridícula e imposible, sin embargo ya tengo bastante experiencia de que no eres muy capaz de gran obstinación y que podrás muy bien olvidarme sin ayuda ninguna y sin estar apremiado por una nueva pasión. Tal vez querría que tú vieras algún pretexto razonable; es cierto que sería más desgraciada, pero tú no serías tan culpable. Bien veo que tú quedarás en Francia sin grandes placeres, con una completa libertad; la fatiga de un largo viaje, algún pequeño bienestar, y el temor de no corresponder a mis arrebatos, te retienen. ¡Ah! ¿no me entiendes? Yo me contentaría con verte de tiempo en tiempo y con saber solamente que estamos en el mismo lugar; pero me ilusiono tal vez, y a

ti te conmoverán más el rigor y la severidad de otra que lo que te han conmovido mis favores. ¿Sería posible que te inflamaran más los desdenes? Pero antes de comprometerte en una gran pasión, piensa bien en el exceso de mi dolor, en la incertidumbre de mis ilusiones, en la diversidad de mis sentimientos, en la extravagancia de mis cartas, en mis confianzas y desesperaciones, en mis deseos y mis celos. ¡Ah! tú vas a hacerte desgraciado; yo te conjuro para que aproveches el estado en que estoy y que por lo menos esto que yo sufro no sea inútil para ti. Me hiciste hace cinco o seis meses una penosa confidencia, y me confesaste con demasiada buena fe que habías amado a una mujer en tu país; si ella te impide venir, dímelo sin contemplaciones, a fin de que yo no languidezca más. Un resto de esperanza me sostiene todavía y quedaría muy contenta (si ella no tuviera ninguna consecuencia) de perderla toda y perderme yo misma. Envíame su retrato con alguna de sus cartas, y escíbeme todo lo que te diga. Encontraré tal vez razones para consolarme o para afligirme más, no puedo estar por más tiempo en el estado en que estoy y no hay ningún cambio que no me sea favorable. Quisiera también tener el retrato de tu hermano y de tu cuñada; toda cosa tuya me es muy querida y estoy enteramente consagrada a lo que te atañe; no he dejado nada para mí misma. Hay momentos en los que me parece que tendría bastante humildad para servir a la que amas; tus malos tratos y tus desprecios me han abatido de tal manera, que no me atrevo algunas veces ni a pensar, que me parece que podría estar celosa sin disgustarte, y que creo cometer la injusticia más grande del mundo haciéndote reproches; a menudo estoy convencida de que no debo hacerte ver con rabia, como lo hago, sentimientos que tú no confiesas. Hace mucho tiempo que un oficial espera mi carta. Había resuelto escribirla de manera que la recibirías sin desagrado; pero ella es demasiado extravagante, hay que acabarla. ¡Ah! no está en mi poder resolverme a ello, me parece que te hablo cuando te escribo, y que así estás un poco más presente. La que siga no será tan larga ni tan importuna, puedes abrirla y leerla con la seguridad que te doy; es cierto que no debía hablarte de una pasión que te disgusta, y no te hablaré más. Va a hacer un año, dentro de unos días, que me abandoné toda a ti sin reservas, tu pasión me parecía muy ardiente y muy sincera, y no hubiera pensado nunca que mis favores te hubieran hastiado tanto para obligarte a hacer quinientas leguas y exponerte a naufragios para alejarte de ellos. Nadie me hubiera dado un trato parecido. Tú puedes acordarte de mi pudor, de mi confusión y de mi desorden, pero no te acuerdas de lo que te comprometió a amarme a pesar de ti. El oficial que debe llevarte esta carta me recuerda por cuarta vez que tiene que partir, que tiene prisa. Sin duda abandona también a alguna desgraciada en este país. Adiós, sufro más con terminar mi carta que lo que tú

has sufrido dejándome, tal vez para siempre. Adiós, no me atrevo a darte mil nombres de ternura, ni a abandonarme sin reservas a todas mis inclinaciones; te quiero mil veces más que a mi vida y mil veces más de lo que creo quererte. ¡Cómo te quiero! ¡Qué cruel eres! No me escribas nunca, no puedo impedir el decírtelo de nuevo, quiero volver a comenzar. Y el oficial partirá. ¡Qué importa! ¡Que parta, yo escribo más para mí que para ti; no busco más que desahogarme. Como la longitud de mi carta te dará miedo, no la leerás. ¿Qué he hecho yo para ser tan desgraciada? ¿Y por qué has envenenado mi vida? ¿Por qué no habré nacido yo en otro país? ¡Adiós, perdóname! No me atrevo a rogarte que me quieras. Mira a lo que me ha reducido mi destino. ¡Adiós!

TERCERA CARTA

¿Qué me sucederá y qué quieres que haga? Me encuentro muy alejada de todo lo que había previsto: esperaba que me escribirías de todos los lugares por donde pasaras y que tus cartas serían muy largas; que sostendrías mi pasión con la esperanza de volver a verte; que una completa confianza en tu fidelidad me daría una especie de reposo, y que a pesar de todo permanecería en un estado bastante soportable sin extremo dolor. Hasta había pensado en algunos débiles proyectos de hacer todos los esfuerzos de que fuera capaz para curarme si pudiera saber con certeza que no me habías olvidado del todo. Tu alejamiento, algunos sentimientos de devoción, el temor de arruinarme por completo el resto de mi salud con tantas vigiliass y con tantas inquietudes, la poca esperanza de tu vuelta, la frialdad de tu pasión y de tus últimos adioses, tu partida fundada en tan malos pretextos, y otras mil razones que no son sino demasiado buenas y demasiado inútiles, parecían prometerme una ayuda bastante segura, si llegaba a serme necesaria. No teniendo en fin que combatir sino conmigo misma, no podía jamás desconfiar de todas mis debilidades, ni concebir todo lo que sufro hoy. ¡Ay! qué digna soy de compasión por no compartir mis dolores contigo y ser yo sola desgraciada; este pensamiento me mata, y me muero de terror de que jamás hayas sido sensible a todos nuestros placeres. Sí, ahora conozco la mala fe de tus sentimientos; me traicionaste todas las veces que me dijiste que estabas encantado de estar solo conmigo; no debo sino a mis inoportunidades tus atenciones y tus arrebatos. Hiciste a sangre fría el propósito de inflamarme, no has mirado mi pasión sino como una victoria, y tu corazón jamás se conmovió profundamente. ¿No eres muy desgraciado y muy poco delicado al aprovechar sólo de esta manera mis arrebatos? ¿Y cómo es posible que con tanto amor no haya podido hacerte dichoso? Yo lamento solamente por tu amor los infini-

tos placeres que has perdido; ¿y es que acaso quisiste gozar de ellos? Si los conocieras encontrarías sin duda que son más agradables que éste de haberme engañado, y habrías comprobado que se es más feliz y que se siente algo mucho más conmovedor cuando se ama violentamente que cuando se es amado. Yo no sé ni lo que soy, ni lo que hago, ni lo que deseo; estoy desgarrada por mil sentimientos contrarios. ¿Se puede uno imaginar un estado tan deplorable? Yo te quiero locamente y te considero lo bastante para no atreverme quizás a desear que estés agitado por los mismos arrebatos. Me mataría, o moriría de dolor sin matarme, si estuviera segura de que nunca tienes reposo, y de que tu vida no es más que confusión y agitación, de que lloras sin cesar y de que todo te es odioso. Si no puedo sufrir mis males ¿cómo podría soportar el dolor que me darían los tuyos, que me sería mil veces más doloroso? Sin embargo, tampoco puedo resolverme a desear que no pienses para nada en mí, y para hablarte sinceramente, estoy celosa con rabia de todo lo que te hace gozar y de todo lo que conmueve tu corazón y tus sentidos en Francia. No sé por qué te escribo. Harto comprendo que solamente tendrías compasión de mí, y no quiero tu compasión. ¡Siento tanto despecho contra mí misma cuando reflexiono sobre todo lo que te he sacrificado! He perdido mi reputación, me he expuesto al furor de mis padres, a la severidad de las leyes de este país contra las religiosas, y a tu ingratitud que me parece la más grande de todas mis desgracias. Sin embargo, siento que mis remordimientos no son verdaderos, que quería, con lo mejor de mi corazón, haber corrido peligros más grandes por tu amor, y que siento un funesto placer en haber arriesgado mi vida y mi honor. ¿Todo lo que tengo de más precioso no debería estar a tu disposición? ¿Y no debo estar bien satisfecha de haberlo empleado así? Casi me parece que no estoy suficientemente contenta de mis dolores, ni del exceso de mi amor, y aunque no puedo ilusionarme lo bastante para estar contenta de ti, vivo, infiel como soy, y hago tantas cosas para conservar mi vida como para perderla. ¡Ah! me muero de vergüenza, mi desesperación no está sino en mis cartas. Si te amara tanto como te he dicho mil veces, ¿no estaría muerta hace mucho tiempo? Yo te he engañado, tú eres el que debes quejarte de mí. ¿Por qué no te quejas? Te he visto partir, no puedo esperar volver a verte nunca de regreso, y respiro a pesar de ello. Te he traicionado, te pido perdón. Pero ¿no me lo concedes? Trátame severamente. ¿No encuentras que mis sentimientos sean bastante violentos? Sé más difícil de contentar. Hazme saber que quieres que muera de amor por ti. Y yo te conjuro para que me ayudes de esta manera a fin de que sobreponiéndome a la debilidad de mi sexo ponga fin a todas mis vacilaciones con una verdadera desesperación. Un fin trágico te obligaría sin duda a pensar a menudo en mí, mi memoria te sería querida, y te conmovería tal vez una

muerte extraordinaria. ¿No vale más ella que el estado a que me has reducido? Adiós, más bien quisiera no haberte visto jamás. ¡Ah! siento vivamente la falsedad de este sentimiento, y comprendo en el momento que te escribo que prefiero ser desgraciada amándote a no haberte visto jamás; me resigno sin murmurar a mi mala suerte, puesto que tú no has querido hacerla mejor. Adiós, prométeme sentirme tiernamente si muero de dolor, y que al menos la violencia de mi pasión te dé repugnancia y desgano hacia todas las cosas. Este consuelo me bastaría y si es necesario que te abandone para siempre, quería no dejarte a otra. ¿No serías muy cruel si te sirvieras de mi desesperación para hacerme más amable, y para hacer ver que habías inspirado la pasión más grande del mundo? Adiós otra vez, te escribo cartas demasiado largas, no tengo consideración por ti, te pido perdón y me atrevo a esperar que tendrás un poco de indulgencia para una pobre insensata, que no lo era, como sabes, antes de que te amara. Adiós; me parece que te hablo demasiado a menudo del estado insupportable en que estoy; sin embargo te doy gracias desde el fondo de mi corazón por la desesperación que me causas, y detesto la tranquilidad en que he vivido antes de conocerte. Adiós . . . mi pasión aumenta a cada momento. ¡Ah, cuántas cosas tengo que decirte!

CUARTA CARTA

Me parece que hago el mal más grande del mundo a los sentimientos de mi corazón al tratar de hacértelos conocer escribiéndolos; ¡cuán feliz sería si pudieras juzgarlos por la violencia de los tuyos! Pero no debo confiar en ti y no puedo impedir decirte con mucha menos energía de lo que siento, que no debieras maltratarme como lo haces, con un olvido que me lleva a la desesperación, y que es hasta deshonroso para ti. Es muy justo por lo menos que tú soportes que me lamente de las desgracias que había previsto cuando te vi resuelto a dejarme. Yo sé muy bien que estaba ilusionada cuando pensaba que procederías de mejor fe de la que se acostumbra tener, por que el exceso de mi amor me colocaba, me parece, por encima de toda clase de sospechas, y que él merecía más fidelidad de la que se encuentra de ordinario. Pero la disposición que tienes a traicionarme me vence a la justicia que debes a todo lo que he hecho por ti. No dejaría de ser desgraciada si no me quisieras, sino por que te quiero, y yo quería deberlo todo a tu sola inclinación; pero me hallo tan lejos de ese estado que no he recibido una sola carta tuya en seis meses. Attribuyo todas estas desgracias a la ceguera con la cual me abandoné para ligarme a ti. ¿No debía prever que mis placeres se acabarían más pronto que mi amor? ¿Podía esperar que te quedarías toda tu vida en Portugal y que renun-

ciarías a tu fortuna y a tu país para no pensar sino en mí? Mis dolores no pueden recibir ningún alivio, y el recuerdo de mis placeres me llena de desesperación ¡Qué! ¿Todos mis deseos serán inútiles y no te veré jamás en mi celda con todo el ardor y todo el arrebató que me demostrabas? Pero ¡ay! Yo me ilusiono, y conozco demasiado que todos los sentimientos que ocupaban mi cabeza y mi corazón no te excitaban sino para algunos placeres, y que terminaban al mismo tiempo que ellos. ¿Hubiera sido necesario que en aquellos momentos demasiado felices llamara en mi socorro a mi razón para que moderase el exceso funesto de mis delicias y me anunciara todo lo que ahora sufro? Pero me entregaba a ti, y no estaba en estado de pensar en lo que hubiera podido envenenar mi felicidad e impedir me gozar plenamente de los testimonios ardientes de tu pasión. Yo me daba cuenta con demasiado agrado de que estaba contigo, para pensar que estarías un día lejos de mí; me acuerdo sin embargo de haberte dicho alguna vez que me harías desgraciada, pero estos temores se disipaban bien pronto y yo gozaba sacrificándotelos y abandonándome al encanto y a la mala fe de tus protestas. Veo bien el remedio para todos mis males y estaría muy pronto libre de ellos si dejara de amarte. Pero, ¡qué remedio! No: prefiero sufrir todavía más a olvidarte. ¡Ay! ¿Esto depende de mí? No puedo reprocharme haber deseado un solo momento no amarte más; tú eres más digno de compasión que yo, y más vale sufrir todo lo que yo sufío que gozar de los lánguidos placeres que te dan tus amantes de Francia. No envidio nada tu indiferencia y me produce lástima. Yo te desafío a olvidarme del todo: me enorgullezco de haberte puesto en estado de no tener sin mí más que placeres imperfectos, y soy más feliz qu tú, puesto que el amor me ha colmado. Hace poco me hicieron portera de este convento. Todos los que hablan conmigo creen que estoy loca. Yo no sé lo que les respondo, y se necesita que las religiosas sean tan insensatas como yo, para haberme creído capaz de las ocupaciones de aquel cargo ¡Ah! Envidio la felicidad de Emanuel y de Francisca. ¿Por qué no estoy constantemente contigo como ellos? Yo te hubiera seguido, y te hubiera servido mejor seguramente. No deseo en este mundo más que verte. ¡Por lo menos acuérdate de mí! Me contento con tu recuerdo, pero no me atrevo a estar segura. Yo fincaba mis esperanzas en tu recuerdo cuando te veía todos los días, pero tú me has enseñado que es necesario que me someta a todo lo que quieras... Sin embargo no me arrepiento de haberte adorado, estoy muy satisfecha de que me hayas seducido, tu ausencia rigurosa, y tal vez eterna, no disminuye en nada el arrebató de mi amor; quiero que todo el mundo lo sepa, no hago ningún misterio de ello y estoy encantada de haber hecho todo lo que he hecho por ti contra toda suerte de conveniencias. Yo ya no pongo mi honor y mi religión sino en amarte perdidamente toda mi vida, puesto

que comencé a hacerlo. No te digo todas estas cosas para obligarte a escribirme. ¡Ah! no te sientas obligado conmigo, no quiero de ti sino lo que venga de tu sentimiento y rehúso todas las manifestaciones de amor que puedas evitarte. Me complaceré excusándote porque tú te complacerás acaso en no tomarte el trabajo de escribirme, y siento una profunda disposición a perdonar todas tus faltas. Un oficial francés tuvo la caridad de hablarme esta mañana de ti durante más de tres horas. Me dijo que la paz con Francia estaba hecha. Si esto es así ¿no podrías venir a verme y llevarme contigo a Francia? Pero no lo merezco; haz todo lo que quieras, mi amor no depende ya de la manera como me trates; después de que partiste no he tenido un solo momento de salud, ni más placer que el de repetir tu nombre mil veces al día. Algunas religiosas que saben el estado deplorable en que me has sumido, me hablan de ti con mucha frecuencia. Salgo lo menos posible de mi celda a la que has venido tantas veces, y miro sin cesar tu retrato que me es mil veces más querido que mi vida. Esto me consuela un poco, pero también me causa dolor cuando pienso que tal vez nunca te volveré a ver. ¿Por qué puede ser posible que jamás vuelva a verte? ¿Me has abandonado para siempre? Estoy desesperada; tu pobre Mariana no puede más: se desvaneció al terminar esta carta. Adiós, adiós, ten piedad de mí.

QUINTA CARTA

Te escribo por la última vez y espero hacerte conocer por la diferencia de los términos y por la forma de esta carta, que me has persuadido por fin de que ya no me quieras y que por consiguiente no debo quererte más. Te enviaré en la primera ocasión todo lo que me queda todavía de ti. No temas que te escriba, no pondié ni siquiera tu nombre sobre el paquete, he encargado de todos estos detalles a Doña Brites, a quien había acostumbrado a confidencias harto distintas de éstas; sus actos serán menos sospechosos que los míos; ella tomará todas las precauciones necesarias para poder asegurarme que has recibido el retrato y las pulseras que me habías dado. Quiero, sin embargo, que sepas que me siento desde hace algunos días con deseos de desgarrar y de quemar estas prendas de tu amor que me eran tan queridas, pero te he demostrado tanta debilidad que jamás hubiera creído que yo pudiera ser capaz de tales extremos. Quiero gozar de toda la pena que he tenido al separarme de ellas, y que sientas por lo menos algún despecho. Te confieso, para mi vergüenza y la tuya, que me encontré más apegada de lo que quisiera decirte a estas bagatelas, y que sentí que tenía nuevamente necesidad de toda mi reflexión para deshacerme de cada una en particular, aunque me preciaba de no estar ya ligada a ti. Pero se llega a

logiar todo lo que se quiere a fuerza de razones. Las he puesto entre las manos de Doña Brites. ¡Cuántas lágrimas me ha costado esta resolución! Después, mil sentimientos y mil incertidumbres que tú no conoces y de los cuales no te daré cuenta seguramente. Yo la he hecho prometer no hablarme nunca de ellas, no devolvérmelas jamás, aunque se lo pidiera para volverlas a ver otra vez, y en fin, enviártelas sin comunicármelo.

No he conocido bien el exceso de mi amor sino después de que he querido hacer todos estos esfuerzos para curarme, y temo que no me hubiera atrevido a acometerlos si hubiera previsto tantas dificultades y tantas violencias. Estoy convencida de que hubiera tenido sentimientos menos penosos queriéndote por ingrato que fueras, que dejándote para siempre. He comprobado que tú me eras menos querido que mi pasión, y he tenido extrañas penas para combatirla después de que tus procederés injuriosos me han vuelto odiosa tu persona.

El orgullo natural de mi sexo no me ha ayudado nada a tomar resoluciones contra ti. ¡Ay! he sufrido tus desprecios, hubiera soportado tu odio y todos los celos que me hubiera producido el cariño que hubieras podido tener por otra; por lo menos hubiera tenido alguna pasión que combatir; pero tu indiferencia me es insoponible, tus impertinentes protestas de amistad y las amabilidades ridículas de tu última carta me han mostrado que recibiste todas las que te he escrito, que ellas no despertaron en tu corazón ningún sentimiento, y que sin embargo las habías leído. ¡Ingrato! Soy todavía bastante loca para desesperarme por no poder tener la ilusión de que ellas no hubieran llegado hasta ti y de que no te las hubieran entregado. Detesto tu buena fe; te había pedido que me dijeras sinceramente la verdad. ¿Por qué no me dejaste con mi pasión? No tenías sino que dejar de escribirme, yo no buscaba que me iluminaras. ¿No soy lo suficiente desgraciada por no haberte podido obligar a tomar alguna precaución para engañarme, y por no poderte disculpar ya? Has de saber que me doy cuenta de que eres indigno de todos mis sentimientos, y que conozco todas tus malas cualidades. Sin embargo, (si todo lo que he hecho por ti puede merecer que tengas algunas pequeñas consideraciones para los favores que te pido), prométeme no escribirme más y ayúdame a olvidarte completamente. Si tú me demostraras, aunque fuera débilmente, que habías sentido alguna pena leyendo esta carta, tal vez te creería, y tal vez también tu confesión y tu consentimiento me darían despecho y cólera, y todo esto podría inflamarme de nuevo. No te mezcles en mi conducta. Trastornarías sin duda todos mis proyectos, de cualquier manera que quisiera mezclarlos. No quiero saber el resultado de esta carta; no tienes el estado que me preparo. Me parece que puedes estar contento de los

males que me causas (cualquiera que fuera el intento que hubieras hecho para hacerme desgraciada). No me saques de mi incertidumbre, yo espero que con el tiempo conseguiré estar más tranquila. Te prometo no odiarte, desconfío demasiado de los sentimientos violentos para atreverme a emplearlos. Estoy convencida de que tal vez encontraría en este país un amante mejor y más fiel; pero ¡ay! ¿quién podrá hacerme sentir el amor? ¿La pasión de otro me llenará? ¿La mía ha podido algo sobre ti? No he comprobado en mí misma que un corazón tierno no olvida jamás lo que le ha hecho despertar arrebatos que no conocía y de los cuales era capaz? ¿Qué todos sus sentimientos están ligados al ídolo que él mismo hizo; que sus primeras ideas y sus primeras heridas no pueden ser ni curadas ni borradas; que todas las pasiones que se ofrecen en su ayuda y que hacen esfuerzos por llenarlo y por contenerlo, le prometen una sensación que no volverá a experimentar; que todos los placeres que busca, sin ningún deseo de encontrarlos, no sirven sino para hacerles conocer que nada le es tan querido como el recuerdo de sus dolores? ¿Por qué me has hecho conocer la imperfección y el malestar de un cariño que no debía durar eternamente, las desgracias que siguen a un amor violento cuando no es recíproco, y por qué una inclinación ciega y un destino cruel se empeñan de ordinario en llevarnos hacia aquellos que serían sensibles para cualquier otra?

A pesar de todo yo podría esperar alguna diversión en un nuevo cariño, y encontrar alguien de buena fe, pero tengo tanta lástima de mí misma que tendría escrúpulo en colocar al último hombre del mundo en el estado a que tú me has reducido; y aun cuando no esté obligada a tenerle consideraciones, no podría resolverme a ejercer sobre ti una venganza tan cruel, aunque ella dependiera de mí por un cambio que no preveo.

Busco en este momento disculparte y comprendo bien que una religiosa no es por lo general muy atractiva. Sin embargo, me parece que si los hombres fueran capaces de razonar al escoger, deberían más bien unirse a ellas que a las otras mujeres; nada les impide pensar incesantemente en su pasión, no están distraídas por mil cosas que en el mundo ocupan y disipan. Me parece que no es muy agradable ver a la que se ama distraída siempre por mil trivialidades, y se necesita tener muy poca delicadeza para sufrir (sin desesperarse) que no hablen más que de reuniones, vestidos y paseos. Se está sin cesar expuesto a nuevos motivos de celos: se está obligado a consideraciones, a complacencias, a conversaciones. ¿Quién puede asegurar que ellas no encuentran placer en todas estas coyunturas, y que no soportan a sus maridos con una gran repugnancia y sin ningún consentimiento? ¡Ah! ¡Cómo debían ellas desconfiar de un amante que no les pide cuenta exacta de todo

esto, que cree con fiadamente y sin inquietud lo que le cuentan, y que las ve con mucha confianza y tranquilidad dedicadas a todos sus deberes! Pero no pretendo probarte con buenas razones que debías querirme; este es un método muy malo, y yo he empleado otros muchos mejores que no han tenido éxito. Conozco demasiado bien mi destino para tratar de sobreponerme a él; seré desgraciada toda mi vida. ¡Si lo era ya cuando te veía todos los días! Me moría de terror de que no me fueras fiel, quería verte en todos los instantes, y esto no era posible; estaba turbada por el peligro que corrías al entrar en este convento; no vivía porque estabas en el ejército; me desesperaba por no ser más bella y más digna de ti; murmuraba contra la mediocridad de mi condición; creía a menudo que el cariño que parecías tenerme podía traerme algún mal, me parecía que no te amaba lo suficiente; temía por ti la cólera de mis padres, y, en fin, estaba en un estado tan lamentable como este en que estoy ahora. Si me hubieras dado algunas pruebas de mi pasión cuando ya no estabas en Portugal, hubiera hecho todos los esfuerzos para salirme, me hubiera disfrazado para ir a encontrarte. ¡Ay! ¿Qué hubiera sido de mí si me hubieras abandonado después de estar en Francia? ¿Qué desorden, qué extravío, qué colmo de vergüenza para mi familia que me es tan querida después de que ya no te quiero. Tú ves bien que tengo pleno conocimiento de que sería posible que fuera más digna de compasión de lo que soy, y te hablo razonadamente por lo menos una vez en la vida. Ojalá te agrade mi moderación y estés contento de mí; yo no quiero saberlo, te he pedido ya que no vuelvas a escribirme, y te lo ruego de nuevo.

¿No has reflexionado alguna vez sobre el modo como me has tratado, no piensas nunca que estás más obligado conmigo que con cualquier otra persona en el mundo? Te he amado como una insensata. ¡Cómo he despreciado todas las cosas! Tu proceder no es el de un hombre digno; es necesario que hayas sentido por mí una aversión natural, puesto que no me has amado locamente. Yo me enamoré de cualidades demasiado mediocres. ¿Qué hicistes tú para gustarme? ¿Qué me sacrificaste? ¿No has buscado otros mil placeres? ¿Renunciaste al juego y a la caza? ¿No partiste el primero para el ejército? ¿No volviste después de todos los demás? Te expusiste locamente a pesar de que te había rogado cuidarte por mi amor; no provocaste los medios de establecerte en Portugal en donde eras estimado; una carta de tu hermano te hizo partir sin vacilar un momento, y ¿no supe yo que durante el viaje estuviste del mejor humor del mundo? Hay que confesar que estoy obligada a odiarte mortalmente. ¡Ay! yo me busqué todas mis desgracias: te acostumburé desde el principio a una gran pasión, con demasiada buena fe, y es necesario el disimulo para hacerse amar; hay que buscar con cierta habilidad los medios de inflamar, el amor sólo no provoca el

amor Tú querías que te amara, y como te habías formado este propósito, no hubo nada que no hicieras para alcanzarlo; hasta te hubieras resuelto a amarme si hubiera sido necesario. Pero conociste que podías conseguir tu empeño sin apasionarte, y que no tenías ninguna necesidad de ello, ¡qué perfidia! ¿Crees haber podido engañarme impunemente? Si la casualidad te trajera a este país, te declaro que te entregaría a la venganza de mis padres. He vivido mucho tiempo en un abandono y en una idolatría que me dan horror; y el recuerdo me persigue con un rigor insupportable, siento vivamente la vergüenza de los crímenes que me hiciste cometer, y no tengo ya la pasión que me impedía desconocer su enormidad. ¿Cuándo dejará mi corazón de estar desgarrado? ¿Cuándo estaré libre de esta cruel congoja? Sin embargo, creo que no te deseo ningún mal y que me resolvería a consentir que fueras dichoso, pero ¿cómo podrías serlo si tienes corazón? Quiero escribirte otra carta para hacerte ver que estaré quizá más tranquila dentro de algún tiempo. ¿Cómo me gustaría reprocharte tus procederés injustos cuando ya no estuviera tan vivamente conmovida, y entonces te haría conocer que te desprecio, que hablo con gran indiferencia de tu traición, que olvidé todos mis placeres y todos mis dolores, y que no me acuerdo de ti sino cuando quiero acordarme! Estoy de acuerdo en que tienes grandes ventajas sobre mí, y que me has despertado una pasión que me ha hecho perder el juicio, pero no debes sentirte muy vanidoso: yo era joven, crédula, me habían encerrado en este convento desde mi infancia, no había visto más que gentes desagradables, no había oído nunca elogios como los que me hacías constantemente. Me parece que te debía los encantos y la belleza que encontrabas en mí y de la cual me hacías caer en la cuenta; oía hablar bien de ti; todo el mundo me hablaba en tu favor; hacías todo lo necesario para enamorarme. Pero al fin he vuelto de este encantamiento, tú me has ayudado mucho, y confieso que tenía gran necesidad. Al devolverte tus cartas, guardaré cuidadosamente las dos últimas que me escribiste, y las leeré más a menudo de lo que he leído las primeras, a fin de no volver a caer en mis debilidades. ¡Ah! Qué caras me cuestan, y qué felicidad hubiera sido que hubieras querido soportar que yo te hubiera amado siempre. Comprendo perfectamente que todavía me ocupo demasiado de mis reproches y de tu infidelidad; pero acuérdate de que me he prometido un estado más apacible, y que lo alcanzaré, o que tomaré contra mí alguna resolución extrema que conocerás sin mucho disgusto. Pero no quiero más de ti, soy una loca al repetir tanto las mismas cosas. Es necesario dejarte y no pensar más en ti. Hasta creo que no volveré a escribirte. ¿Estoy obligada a darte cuenta exacta de todos mis sentimientos?